

LA VIRTUALIDAD EN *UNA CARRERA PRÁCTICA*

Por Jorge Alberto Jiménez

Las clases en línea han sido un reto para inmensidad de alumnos alrededor del globo. Los índices de ansiedad y depresión van en aumento, subiendo de forma proporcional al descenso de las ganas de asistir a los cursos. Es una problemática que aún no ha conseguido una solución debido a lo reciente y abrupto de la situación. Como estudiante de la Licenciatura en Arte Teatral de la FAE, creo que hablo por todos mis compañeros cuando digo que esta carrera se sufre en línea. La gran cantidad de clases prácticas que han intentado adaptar al nuevo formato virtual solo ha concluido en desgana por parte del alumnado. La participación en clase ha bajado, así como el interés por el contenido de las Unidades de Aprendizaje. Estos momentos son un gran obstáculo para la educación en general, pero más para todas estas carreras prácticas donde la presencialidad es importante.

Quizás al alumnado de mayor semestre nos afectó más este cambio de modalidad. Estábamos tan acostumbrados al trabajo presencial que nos ha costado mucho trabajo seguirle el paso a la virtualidad. Pasar del contacto físico a ver fotos en una pantalla negra, de los debates en un salón animado a pausas de tres minutos de silencio por falta de participación, de estimularte por lo que te otorga tu compañero a simplemente bajar el volumen del celular e ir a dormir un rato.

Los estudiantes de primer ingreso no la tienen mejor. Su primer día de clase entraron a un aula virtual llena de otros treinta extraños para conocerse a la lejanía. En este tipo de estudio en el que las relaciones interpersonales son tan importantes, no sé qué le deparará en el futuro a esa generación que lleva año y medio de clases por Internet. Temo que su integridad grupal se desmorone y se les dificulte trabajar en equipo una vez estemos de regreso, porque la colaboración es un recurrente en los proyectos de arte teatral.



Ha sido un camino muy complicado, no lo voy a negar. Por más que quisiera ser optimista, la realidad es que es muy difícil continuar con el estudio. Aunque algunas veces tenemos buenas oportunidades de desahogarnos. El semestre pasado, para mi clase de Laboratorio de Puesta en Escena, la maestra nos pidió escribir un texto que tratase sobre nuestra experiencia con el encierro. Sin mencionar al virus o las muertes, solo lo que nosotros sentíamos y tuviéramos que decir al respecto de vivir en contingencia. Ese fue uno de los momentos más gratificantes del semestre. Escribir todos los pensamientos que se encontraban revoloteando en mi mente y poder expresarlos en voz alta con mis compañeros.

Sin pretensión, sin necesidad de complacer, agradar o persuadir. Solamente pensamientos retenidos durante mucho tiempo siendo externados. Como soltar un globo inflado sin nudo, todos pudimos liberarnos de la presión interna que llevábamos, soltamos la carga que arrastrábamos y nos sentimos mucho mejor. Agradezco infinitamente a mi maestra por ese momento, por el espacio seguro que creó para intentar luchar contra la adversidad que todos estamos afrontando. Porque de cierto modo, yo creía que a nadie más le ocurría, que solamente a mí me pesaba y no podía quejarme porque sería egoísta de mi parte hacerlo. No podía estar más equivocado, porque todos pensábamos exactamente igual. Encontramos un alivio al conocer el pesar del otro, porque significa que no teníamos que cargarlo solos.

No se qué retos depare este semestre que apenas comienza, mucho menos mi último semestre de la carrera. No tengo otra opción más que tener esperanza en que pronto regresaremos a la presencialidad. Mis respetos y condolencias a la generación que se graduó el semestre pasado, afrontaron el problema en uno de los momentos más importantes de sus vidas. Ellos lo lograron y se convirtieron en inspiración para los que vamos en camino. Solo queda seguir avanzando.

